

mo la union es la que constituye la existencia de una sociedad, el Protestantismo no existe sino en cuanto protesta, y existe, y no puede existir sino *protestando*. Este es su nombre, porque esta es su obra, y su única obra. Y si no, ¿qué se propone el Protestantismo en todas partes? ¿á qué tiende? ¿Es tal vez á hacer cristianos? No, sino á deshacer católicos. Para esto todo le es bueno y todo le parece bien. Ha hecho un protestante cuando ha deshecho un católico, cuando le ha vuelto contra la Iglesia, cuando lo ha reclutado para esta conjuracion enemiga, cuyo punto esencial es la intolerancia del Catolicismo, y cuyo espíritu múltiple y dividido al infinito solo sirve para demoler, para negar y para destruir (1).

A semejanza de aquel espíritu de que se habla en el Evangelio, á quien preguntó Jesucristo: ¿Cuál es tu nombre? el Protestantismo podria responder: *Mi nombre es LEGION, porque somos muchos*, y porque estoy siempre en guerra.

Así, pues, tanto el racionio como los hechos, todo refuta la opinion de que nosotros somos deudores al Protestantismo del principio de la tolerancia en la verdadera y genuina acepcion de la palabra. Esta opinion es falsa hasta el antífrasis: tolerar y protestar braman de hallarse juntos, el reinado perfecto de la tolerancia seria para el Protestantismo lo que es la paz para un ejército: seria el acto de despedir las tropas, seria su disolucion.

(1) En la preocupacion esclusiva en que se halla el Protestantismo de destruir el Catolicismo, llega al extremo, como hemos visto recientemente en una obra protestante estimada, de discutir la cuestion acerca si seria un buen medio para conseguir este objeto el destruir al Cristianismo; y si rechaza este medio es porque el echar mano de él seria provechoso al Catolicismo.

APENDICE

AL CAPITULO II.

ACLARACION HISTÓRICA SOBRE LA REVOCACION DEL EDICTO DE NANTES.

De no dejar bien tratada desde la primera vez esta materia, pareceria condenada á no serlo nunca; á no ser mas que un tema para las prevenciones que se la disputan, y á las que se presta singularmente por la diversidad complexa de las causas, de los agentes, y de las consecuencias de este acto célebre.

Considerada en sus medios y en sus resultados, puede decirse que la revocacion del edicto de Nantes ha sido funesta; pero estos medios fueron obra de un sentimiento extraño al Catolicismo, de una pasion puramente humana y política.

En todos los actos, instrucciones y resoluciones que componen la direccion de esta empresa, nótese una mezcla inconciliable de respeto y de desprecio por la conciencia, de dulzura y violencia, que atestigua la lucha de dos inspiraciones opuestas, en los consejos y en el go-

bierno de Luis XIV: la una católica y caritativa, la otra política y brutal, y también sin duda el encuentro de dos clases de dificultades en el objeto de la empresa: digna la una de contemporización, y la otra de severidad y represión; pero demasiado solidarias.

Lo que hay de cierto es, que la influencia católica fué un embarazo para el sistema de la violencia, que luchó con él, lo redujo, aun mientras triunfaba éste, á un papel arbitrario, y acabó en fin, por derribarlo, y encaminar al gobierno de Luis XIV por la vía de la dulzura y de la libertad de conciencia.

Hé aquí la verdad en lo tocante á la revocación del edicto de Nantes: tal es el programa que deberá llenar una historia de esta gran medida, cuya historia contaremos, aunque sucintamente, dividiéndola en tres partes.

1.—Cuando el Protestantismo obtuvo el edicto de Nantes, no era una simple sociedad religiosa que solo pidiese vivir al abrigo de las leyes; sino un poder político y militar, con sus capitanes, ejércitos, plazas fuertes, impuestos y alianzas dentro y fuera: feudal en sus gefes, republicana en sus miembros, consagrada por su naturaleza y posición á destruir el Catolicismo y la monarquía. Con este poder tuvo que contar Enrique IV.

Los protestantes arrancaron el edicto de Nantes á Enrique IV, y con él le pusieron la ley, hasta fijar á este precio la salvación de la Francia, retirándose de Amiens en el momento en que el Español penetraba por esta puerta al corazón del reino, y no obstante la voz de auxilio que este gran rey dirigía á su patriotismo.

El edicto de Nantes no puso término á su descontento, y esto se concibe, puesto que su pretensión era nada menos que la de ser únicos señores, á imitación de sus correligionarios de allende. Aceptaron, pues, el edicto, á reserva de violarlo en cuanto pudiesen, y con este fin, conjuraron sordamente bajo el mismo Enrique IV, quien

se quejó amargamente un día al langrave de Hesse, y murió preocupado de los males que amenazaban á su heredero, diciendo á María de Médicis “que los hugonotes eran enemigos de la Francia y que algún día harían daño á su hijo si no se aplicaba un remedio.—Que tarde ó temprano se vería ella obligada á habérselas con ellos; que él por su parte había sufrido mucho ante esa idea sin declararse, porque ellos le habían prestado algunos servicios; pero que su hijo los castigaría alguna vez.”

Muerto Enrique IV, la primera palabra de los protestantes fué “que era llegado el momento de hacerse mayores durante la menor edad del rey.” Y en efecto, se ligaron, y bajo el falso pretexto de que iban á asegurarse para que no les recogiesen el edicto, fueron los primeros en violarlo, exigiendo ventajas mayores que las otorgadas en dicho edicto. “Se nos opondrán, lo sé, decía el duque de Rohan, uno de sus gefes, porque pedimos más de lo que teníamos; mas yo responderé á esto que nuestra aprehensión proviene del desarreglo actual de las cosas.” En consecuencia, volvieron á alzar el estandarte de la guerra civil, y auxiliares solícitos, como siempre, de las facciones de los príncipes en el interior y de las empresas de los enemigos exteriores, seis veces tomaron las armas contra el rey Luis XIII en el espacio de doce años.

Un historiador protestante, Mr. Carlos Weiss, en su *Historia de los refugiados protestantes de Francia*, que ha dado lugar recientemente á una polémica entre el *Diario de los Debates* y el *Universo* sobre la cuestión que nos ocupa, se expresa así acerca de la conducta de los protestantes de esta época.—Mientras vivió Enrique IV, no salieron las asambleas generales de los protestantes del círculo estrecho que se les había trazado; pero bajo el reinado de Luis XIII, se constituyeron en

asambleas soberanas, á ejemplo de los estados generales de Holanda, y provocaron la rebelion ... Volviose á ver entonces el raro espectáculo de un rey de Francia viajando en su reino á la cabeza de un ejército y haciendo su entrada en sus buenas ciudades precedido de cañones con las mechas encendidas. De signo odioso sirvió esto para los protestantes que sin necesidad se habian hecho aliados de una nobleza facciosa. Púdoseles acusar con razon de hallarse siempre dispuestos á secundar á los enemigos del Estado, y *desde entonces sin duda resolvieron su ruina . . .* Para subvenir á los gastos de la guerra civil, añade Weiss, dió orden su asamblea de que se tomasen todas las rentas eclesiásticas, y se confiscasen las sumas reales que proviniesen de impuestos y gabelas. Confirmó en sus cargos á los oficiales de justicia y hacienda que hacian profesion de religion, y aseguró la renta de los ministros haciendo se les pagase de lo mas pingüe de los rēursos de la Iglesia. Esto era proclamar abiertamente una república protestante á semejanza de la de las provincias unidas, elevar la Rochela al rango de una nueva Amsterdam y dar la señal de una guerra que podia ocasionar el desmembramiento del reino, y que no justificaba el exceso de la opresion." No se engaña Mr. Weiss en este último juicio, pues para los protestantes era exceso de opresion el no poder oprimir ellos. Logró Richelieu contenerlos en 1625, y confiando en el reposo interior, iba á poner mano al gran proyecto concebido por Enrique IV, de abatir ese formidable poder del Austria que pesaba sobre la Europa y particularmente sobre Francia. A este efecto dedicó todas las fuerzas nacionales, y en esta coyuntura que debió hacer latir todos los corazones franceses, no vieron los protestantes mas que una ocasion favorable á su rebelion. Apoderáronse de improviso de nuestros buques en el puerto de Blavet, mientras el duque de Rohan

trabajaba en sublevar las provincias, obligaron á Richelieu á desistir por lo pronto de su gloriosa empresa, y al rey de Francia á emplear ocho navíos ingleses y veinte holandeses para recuperar sus buques de manos de los insurrectos. El mismo Richelieu dice que desde aquel entonces pudo conocer "la imposibilidad en que se veia la Francia de emprender nada grande, mientras la ostigase este mal interior, y permaneciesen los Hugonotes en el reino." En fin, en 1627, el inglés fué llamado á la Rochela por los protestantes, y trabajo costó á las fuerzas de Francia, mandadas por el genio de Richelieu, tras un largo y memorable sitio, apoderarse de "ese antiguo asilo de la heregía en Francia, que sirvió constantemente de puerta de entrada al enemigo, y de comunicaciones con el extranjero, y á dó llegaban alimentos y pertrechos de afuera para los rebeldes. Tal peligro ofrecia al Calvinismo, que este suceso, segun el presidente Hénault, fué el mas glorioso y útil del ministerio del cardenal de Richelieu, quien no creyó pagar demasiado caro, gastando á tal fin cuarenta millones

Así fué como los protestantes, no prestando en sus continuas revueltas sumision al edicto de Nantes, autorizaron la revocacion de ese edicto, el que dejó de existir desde entonces. Habíanle ellos mismos debilitado, y solo como una gracia, y en virtud de nuevo edicto expedido en 1629, llamado el *edicto de gracia*, continuó la tolerancia para con estos rebeldes en el reino. El publicista Gratius no hacia de hecho ninguna concesion, ni espresaba mas que una vèrdad banal cuando escribia, algun tiempo despues. "Preciso es que los protestantes sepan que el edicto de Nantes, y otros semejantes, no son tratados de alianza, sino órdenes dadas por los reyes para la utilidad pública, y sujetas á que se las revoque cuando así lo pida el bien público."

Desde entonces, como lo hemos visto, quedó muy res-

tringido el poder de los protestantes; sin embargo, el duque de Rohan sostenia aun la guerra en el Languedoc, y firmaba con la España uno de esos tratados criminales, de que tantos casos presenta la historia del Protestantismo frances. Por este tratado debia él recibir anualmente de aquella potencia 600,000 ducados de oro, "á condicion de mantener en pié de guerra un ejército de doce mil hombres, que haria operaciones agradables al rey de España en el Languedoc, el Delfinado y en Provenza, favoreciendo los designios de S. M. C., no haciendo ningun arreglo con el rey de Francia sin la voluntad de aquella, y disolviendo el mencionado ejército cuando esto lo desease dicha M. C.

El fuerte poder de Luis XIV redujo á la sombra tan odiosos designios; pero aun entonces, dice el duque de Borgoña en una memoria sobre la cuestion, "menos que la voluntad faltaba el poder á los religionarios. No obstante sus magníficas protestas de fidelidad y sumision completa en apariencia á la autoridad, sabiase, por conductos fidedignos, que sordamente se agitaban en las provincias lejanas, y que sostenian relaciones con el enemigo exterior. Tenemos á la mano, añade, las actas auténticas de los sínodos clandestinos, por las que se ve trataban de ponerse bajo la proteccion de Cromwell, en el tiempo en que menos se pensaba en inquietarlos, y tambien subsisten las pruebas de su liga con el príncipe de Orange.—*Llamar á los Hugonotes*, concluia el obispo Fénelon, una vez revocado el edicto de Nantes, *seria llamar á los enemigos de Francia.*

Tales eran las disposiciones de los protestantes en tiempo de Luis XIV. El Protestantismo, aunque destituido ya sin poder político y sin inspirar los temores de antes, no por eso dejaba de ser el Protestantismo: es decir, un principio mas radical para lo futuro.—*Es una*

temible raiz para nna nacion! escribia Fénelon á las poblaciones protestantes á quienes evangelizaba.

Con respecto á lo que hacian los protestantes en Inglaterra, bástenos reproducir lo que digeron treinta y cuatro ministros que de Francia pasaron á aquel país: "El escándalo de los nuevos ministros refugiados es notable. Infectados de diversos errores, trabajan en difundirlos entre el pueblo, y estos errores tienden nada menos que á derribar el Cristianismo. . . . Es tan grave el peligro, añadian, y la licencia llega á tal grado, que no es permitido ya á las compañías eclesiásticas el disimular, y que los paliativos servirian solo para hacer el mal incurable."

Bossuet estaba en su derecho cuando exclamaba: "Así educaban á la juventud nuestros pretendidos reformados. Esta se manifestaba indiferente á las religiones, y este mónstruo (el Protestantismo) contenido en Francia por las leyes, apareció tan luego como la juventud libertina pudo respirar en el extranjero un aire mas libre." —¿Estos protestantes avanzados, cuyo recuerdo hacia las delicias satánicas de Voltaire, del mismo modo que *la confesion abolida*, los *sacerdotes casados* y el *Infame anquilado*, y cuya invasion aterraba aun á aquellos protestantes que conservaban algo de fe en el extranjero, hasta el punto de que, no obstante la causa comun de ódio y la desgracia que se les recomendaba, buscaban remedios contra este mal, y remedios que no fuesen paliativos; estos protestantes, decimos, estaban llamados á hacer alguna sombra á la Francia católica de Bossuet y de Luis XIV? ¿No era muy natural que esta nacion se deshiciese de este peligro moral y social que nutria en su seno?

II.—Ademas de los ataques que los mismos protestantes dieron al edicto de Nantes, que ya no era sino un edicto de gracia, contenia éste en si el gérmen de su

revocacion. "Ahora, habia dicho Enrique IV en el preámbulo de este edicto, que place á Dios comenzar á hacer nos gozar de algo mas de reposo, hemos estimado no poder emplearlo mejor que en atender lo concerniente á su santo nombre y servicio, y en hacer de modo que pueda ser adorado por todos nuestrs súbitos, y *si no le plugo permitir que esto sea como antes bajo una misma forma de religion*, sealo al menos con una misma intencion."

Viendo Luis XIV que desmayaban todas las fuerzas políticas del Protestantismo, que solo sobrevivía la cuestion religiosa, la cual estaba casi vencida por la superior razon y luces del Catolicismo, pensó llegado el momento de realizar el voto de su ilustre abuelo, y tuvo tentaciones de sujetar á todos sus súbditos á *una misma forma de religion*, haciendo se convirtiesen los protestantes.

Quiso valerse de dos recursos: hacer entrar á los protestantes por los términos del Edicto, y prohibirles todo lo que de este límite se hubieran escedido; y separándolos del Protestantismo por la persuacion y el favor, y no admitiendo el ejercicio público de su culto á medida que de él los apartaba, á fin de quitarles la tentacion de una recaída.

Animado por el buen éxito, no tardó en ir mas lejos; suprimió en varios lugares, en que pudo hacerlo sin resistencia y por consiguiente sin violencia, el ejercicio público del culto reformado, antes aun de que los mismos protestantes hubiesen abjurado este culto, á fin de sacarlos de la influencia de sus ministros, de las preveniciones que estos les inspiraban, y darles esa entera libertad de eleccion que les permitió escuchar á su turno la predicacion católica, sin que se les obligase á ello.

El resultado justificó este primer plan de conducta. Gran número de conversiones no de momento, puesto

que eran sinceras, y eran sinceras porque eran libres tuvieron lugar, y regocijaron el corazon católico del gran rey. Ninguna queja legítima vino á turbar esta satisfaccion, y la revocacion se habia operado en gran parte antes de que pensasen en declararla:

Pero ciertos espíritus, acalorados por un celo impaciente y ambicioso, tuvieron celo de ver que tan grande obra se operaba pacíficamente, y para gloria solo de la verdad, y precipitando los acontecimientos, dirigidos por Louvois, desde 1679 comenzaron á hacer esas conversiones por la fuerza de las armas.

Louvois obraba en esto contra la voluntad de Luis XIV, abusando de una orden que de este rey habia obtenido, por la que se concedía á los que se convirtiesen *la exencion del alojamiento de las gentes de guerra por espacio de dos años*, orden que hacia pasar los asuntos de la religion reformada á las atribuciones del departamento de la guerra, y que, bajo la apariencia de gracia, llegó á ser pronto en manos de Louvois, uno de los medios de accion mas poderosos contra los protestantes.

Estos elevaron sus quejas á Luis XIV, quien acogióndolas, reprimió y revocó, segun nos dice Daguesseau en sus memorias, á dos intendentes que señalaron su celo y su ambicion, *tomándose la facultad* de convertir á los hugonotes por la fuerza de las armas. Louvois se vió obligado á retractarse públicamente.

Preciso es distinguir dos épocas en lo de la violencia ejercida por el gobierno de Luis XIV contra los protestantes: antes y despues de la revocacion. Antes de la revocacion no era excesiva esta violencia, y entonces fué cuando las conversiones se verificaron en gran número, segun lo acreditan autores muy caracterizados y que no citamos por no ser difusos.

III.—"El proyecto de Bossuet de defender y revindicar la tolerancia para con los protestantes, dice Madame

de Caylus, era grande, bello y aun politico, si se le considera independientemente de los medios que se adoptaron para ejecutarlo." Estos medios no tardaron en volver á ser, despues del edicto, lo que antes habian sido Louvois, menos escrupuloso que el mariscal de Noailles, ante la solemne promesa del edicto, no temió decirle que no se detuviese, alegando ser ese el *deseo* de Luis XIV. "No dudo, escribió el mariscal, que algunos alojamientos algo fuertes entre lo que queda de nobleza y el tercer estado de los religionarios, los sacarán del error en que están sobre el edicto *que nos ha dirigido Mr. de Chateauneuf*, y Su Majestad desea que os espliqueis con bastante dureza contra los que deseen ser los últimos en profesar una religion que les desagrada, y cuyo ejercicio ha prohibido en todo su reino." En consecuencia, los alojamientos forzados y las *dragonadas* recomenzaron.

La misma tolerancia del edicto de revocacion dió materia á nuevas y mas brutales violencias. Prevalíanse del edicto los protestantes para protestar contra la rudeza con que se les queria convertir. Fortalecidos con la palabra del rey, hicieron uso de ella, y aun abusaron, dando pretesto y despues motivo á la represion, á la persecucion; y mezclándose todas las pasiones á este despertar de una lucha que ya se creia terminada, siguiéronse los mas funestos escesos.—La verdadera responsabilidad de esto recae sobre Louvois; pero se la aplican á Luis XIV, porque no dominó la situacion con las suficientes firmeza y vigilancia.

Durante algun tiempo las dos influencias que se disputaron la direccion de la empresa, trataron en contradiccion paralela una de otra. Mientras que Luvois lanzaba secretamente órdenes terribles en violacion del edicto, escribiendo á los intendentes "que dejasen vivir con mucha licencia á los dragones.... y que hiciesen saber,

aun á los gentiles-hombres, que no queriendo su Majestad mas que una religion en su reino, era preciso se convirtiesen ó esperasen ser tratados muy severamente." La misma pluma de Louvois que habia escrito por su cuenta, escribia por órden de Luis XIV en Diciembre de 1685: "La intencion del rey es que hagais que los oficiales del regimiento respeten aun á los aldeanos, y que reduzcan á prision al primero que cometa un desórden en casa de su huésped. Con respecto á las exaccions de los oficiales y dragones del regimiento real, os envió una carta para el comandante, en la que le ordeno que, si no hace cesar el desórden, teneis órden de hacerle arrestar, y que Su Majestad desea *que hagais ahorcar al primer dragon* que exija dinero de los habitantes.... Si el rey supiese que las tropas de vuestro departamento *vivian con licencia*, no habria cosa que os pudiera poner tan mal á los ojos de Su Majestad...." Y mientras que así se encadenaba la violencia, desplegábanse todos los medios de instruccion; enviábanse misioneros, fundábanse seminarios, y el gobierno, por consejo de Bossuet, hacia imprimir cincuenta mil ejemplares de la traduccion del Nuevo Testamento, é igual número de las plegarías de la liturgia, traducidas al francés, y por órden del rey los hacia distribuir en las provincias.

Al fin, la resistencia de los protestantes acabó por irritar al mismo Luis XIV, quien desde luego empezó á necesitar de una voz que le recordase la caridad y la tolerancia.

No le faltó esta voz. Bossuet y su amigo el cardenal de Noailles, recientemente nombrado para el arzobispado de Paris, emprendieron pedir por la causa de la libertad de conciencia. ¿Pero cómo persuadir á Luis XIV del abandono, de la conducta de su gobierno que databa ya de doce años?

El cardenal, provisto de memorias del episcopado francés sobre la cuestion, á las que unió una suya, en la que, fiel eco de Bossuet, se quejaba altamente del estado de la libertad de conciencia, trató de convencer á Luis XIV. Mme. de Maintenon, que secundaba secretamente esta tentativa, se espantaba al considerar sus dificultades. Era esto no menos que una revolucion.

Contra lo que esperaba Mme. de Maintenon, fué decisiva la entrevista del cardenal y el rey. Luis XIV habia oido la verdad y era un rey que sabia su deber. Era lo bastante para que volviesen á florecer la justicia y la caridad.

El 19 de Agosto de 1698, el cardenal, á consecuencia de una orden que le dió el rey, remitió á Mr. de Pontchartrain las memorias de los obispos sobre este asunto, y se dice, en una nota que escribió el ministro al pié de estas memorias, "que era para conferenciar con el mismo cardenal y con Mr. Daguesseau, y formar un proyecto de edicto."

Pero estas generosas intenciones, antes de llegar á su objeto, debian volver á encontrar la oposicion de los hombres prácticos, de los espíritus positivos, que veian graves dificultades, gran desorden *en condenar todo lo pasado tomándolo de tan lejos*: partidarios de la dulzura por principio y del rigor por situacion.

El ministro Pontchartrain, ganado por el cardenal á la causa de la tolerancia, leyó en el seno del consejo una memoria en la que revivió la libertad de conciencia haciendo revivir el edicto de revocacion.

Empero Daguessau, padre del consejero, se rebeló contra el proyecto. Vió grandes inconvenientes en volver al edicto revocatorio tras lo que se habia hecho despues contra los protestantes, y concluyó en consecuencia, aconsejando que se dejasen pasar sin ruido las disposi-

ciones de rigor empleadas contra los herejes, y no se hiciese otra cosa.

Pero la influencia católica pudo mas que esas lógicas consideraciones. Nuevas *instrucciones* dadas á los intendentes y á los obispos, y *declaracion* espedita en Diciembre de 1698, abrieron de nuevo las puertas de la Francia á los protestantes y les restituyeron sus bienes, *bajo la sola condicion de que consentirian en que se les instruyese*, sin fijar *ningun término* para obligarlos á espliarse sobre los resultados de su instruccion, prescribiendo las medidas mas dulces y los medios mas sabios y cristianos para tratar con ellos.

Tratóse luego de obligar á los nuevos convertidos á que asistiesen á misa; pero Bossuet se opuso con toda la fuerza de su elocuencia, y al fin prevalecieron las ideas de Bossuet.

Bossuet hacia esto por respeto á la Misa, pues creia que ninguno era digno de este santo Sacrificio, mientras no asistiese á él poseido de verdadero sentimiento y sin esfuerzo alguno.

Así volvió á abrirse, aunque demasiado tarde, la era de la tolerancia para los protestantes. Mr. de Torey quedó encargado de escribir á los intendentes y á los obispos una carta, que parecia haber dictado Bossuet, y en la que vuelven á hallarse las propias espresiones de sus respuestas á Mr. de Barville, sobre *evitar que se forzase á ninguno á ir á misa*.

Tal fué la accion del Catolicismo en la revocacion del edicto de Nantes.—Hemos tenido que reducirnos á límites demasiado estrechos en este nuestro trabajo; pero creemos haber demostrado que el honor de la estimulacion y restablecimiento del Edicto de revocacion, pertenece al Catolicismo, y que solo su violacion imprimió á esta medida el justo descrédito con que la ha tachado la posteridad.